claridad

AÑO V — SANTIAGO, OCTUBRE DE 1924 — NUM. 126

ARTE — CIENCIA — CRITICA

"CLARIDAD" FRENTE AL MOVIMIENTO MILITAR

Un mes largo va corrido desde el día que fué derribado el gobierno civil del Presidente Alessandri e instaurado en el país el gobierno militar.

En este lapso de tiempo se han dado a conocer manifiestos y declaraciones de los diversos elementos que siempre han participado en las actividades de la vida colectiva y son exponentes de una fuerza digna de ser considerada.

Algunos intelectuales, cortesanos, y faltos de visión para abarcar en una mirada de conjunto la trascendencia del problema, han aplaudido el movimiento militar, y en escritos dirigidos a la opinión pública extranjera han dicho que se trata de una cruzada de salvación nacional que va a efectuar una obra de saneamiento político y depuración administrativa.

Los estudiantes universitarios se han pronunciado francamente en su contra, porque estiman que significa un regreso a los períodos más incipientes de la cultura y de la civilización.

Los sindicatos obreros han asumido una actitud de espera frente al acontecimiento, en vista de qué, toda labor que pudieran por el momento realizar, iría en beneficio directo de los caídos de quienes se encuentran completamente desvinculados.

En esta situación, los partidos políticos aventados del poder, desprestigiados y faltos de apoyo y cooperación en el resto de las fuerzas civiles han permanecido en un prudente y discreto silencio, estando sí a la espectativa de cualquier fracaso o torpeza de los militares para asumir nuevamente la dirección de los negocios públicos.

Como se vé, no hay todavía en ninguna parte uniformidad de criterio para apreciar debidamente este asunto.

Nosotros, ajenos como somos a toda concomitancia con los representantes del poder público—cualesquiera que sea su naturaleza—vamos también a exponer el juicio que tenemos sobre el movimiento militar que tanto ha dividido y perturbado los espíritus.

*

El Gobierno Militar puede ser analizado con dos criterios: el criterio del ciudadano —expresión superior del ser domesticado— que cree en la virtud del sufragio electoral, en la eficacia de la acción parlamentaria, y en otras panaceas de tinte legalitario, y el criterio del hombre liberado de toda clase de preocupaciones estatales, que siente menoscabada su libertad viviendo bajo **cualquier forma de gobierno** que encauce y limite la expansión integral de su individualidad.

Es indudable que el primero, cultor gregario y metódico de los derechos cívicos que le permiten designar cómodamente sus amos, hará distingos constitucionales entre el gobierno militar y el gobierno civil. Dirá que el uno es emanación de la fuerza y el otro encarnación del derecho, olvidando que ninguno de los dos gozaría un minuto del poder si no tuviera a su alcance el gendarme para hacer cumplir las disposiciones arbitrarias de la ley.

En cambio, el segundo, que nunca ha participado en la generación de ningún gobierno, y que por ahora lo acepta como se acepta un mal del que se está imposibilitado para librarse, verá que en esto no hay nada más que un sucederse de actores que representan el eterno papel de esclavizar al hombr en bien del interés público.

En efecto ¿qué más dá para la verdadera libertad del hombre que el que oprima vista la americana del civil o la chaqueta del militar?

¿Qué más nos puede preocupar vernos obligados a rendir acatamiento a un gobierno en lugar de otro gobierno, cuando es siempre la misma imposición la que tenemos que tolerar?

Para nosotros, no está reducido el problema a determinar en qué gobierno existe mayor o menor tiranía, sino a establecer que todo gobierno, sea el que fuere, civil, obrero o militar, es tiránico y opresor por la esencia misma de su constitución y por el hecho sólo de ser gobierno.

A este respecto suscribimos por entero el pensamiento de Proudhon: "Todo aquel que ponga la mano sobre mí, para gobernarme, es un tirano y yo lo declaro mi enemigo".

Lo delicado y grave del hecho no está en conocer quien o quienes pueden mandar, sino en saber que alguien, por disponer transitoriamente de la fuerza se arroga la facultad de tiranizar a sus semejantes.

Jamás ningún gobierno ha garantido o respetado otros derechos y otras libertades, que aquellas que el pueblo ha sabido buenamente defender y conquistar.

En Rusia, donde impera el llamado gobierno del proletariado, o mejor dicho, el del partido comunista, la libertad es un mito como lo era en la época de los zares.

Y es que la libertad, como la justicia, no es algo que pueda ser reglamentado por leyes o regido por decretos; ello es inmensamente superior a todo derecho escrito y a toda legislación positiva, ya que reside en la inviolabilidad de la persona humana.

Y esto no hay gobierno que lo reconozca, porque en ese mismo instante se modificaría substancialmente la actual organización de la sociedad y dejaría de haber opresores y oprimidos, en una palabra, desaparecería la razón que explica la existencia de todo gobierno.

Sentados estos prolegómenos, no incurriremos, pues, en la debilidad de decir que el gobierno militar ha dado un golpe de muerte a ciertas instituciones revestidas con el barniz impúdico de la democracia: nó.

El Parlamento y el Municipio disueltos, cuerpos colegiados de origen representativo fraudulento, no cuentan con nuestro fervor porque son partes integrantes de esa ficción política que es el Estado, cuyo único y principal objetivo es mantener el privilegio y la injusticia reinantes.

No se nos hable, en consecuencia, de estar al lado de aquellos que reclaman la vuelta a la **normalidad**, o sea el retorno de los organismos tradicionales que, para nosotros, son los mejores y más firmes sostenes del capitalismo que nunca hemos dejado de combatir.

¿Aplauden, entonces, el gobierno militar, nos preguntará más de algún impaciente?

Error de los errores. No aplaudimos nada.

Dejamos este innoble y mezquino proceder para los personeros de las "fuerzas irreducibles del espíritu" y otros mercenarios que, con su adulona y servil actitud, han perdido el respeto y la consideración de los hombres libres.

Hemos querido sólo exponer hechos, deslindar los campos y salvar nuestros principios.

*

Veamos, sin embargo, lo que nos ofrece la realidad, más fuerte y dura que todas las ideas y que todos los principios.

En el fondo del movimiento militar que se ha desarrollado en esta tierra sin la oposición de ninguno de los grupos políticos que dicen reflejar la expresión de la voluntad popular, no vemos tanto un atentado contra los postulados republicanos, cuanto una campaña enderezada en bien del Capitalismo y del robustecimiento del Estado.

Es casualmente la característica de la reacción que en todas partes se opera contra el espíritu inquieto y liberal del pueblo.

Amagado día a día el capitalismo por la ola creciente de las reivindicaciones obreras, debilitado por el batallar continuado de la crítica libertaria, se vé fatalmente obligado, —cuando los políticos, por rivalidades y ambiciones personales se descuidan de su misión—a solicitar el concurso de las fuerzas armadas para seguir sin temor en el disfrute de sus prerrogativas y poderío.

Esto y no otra cosa es lo que acaba de ocurrir en Chile.

Se trata de detener oportunamente la amenaza proletaria; se quiere hacer desaparecer por tiempo indefinido toda espectativa de renovación espiritual.

Se persigue concluir con las pocas libertades que el pueblo, en lucha porfiada contra el conservantismo y la oligarquía, había logrado alcanzar, y que el último gobierno civil — de buen o mal agrado— no fué a veces capaz de vulnerar porque respondían a un anhelo y avance progresista impuesto y sostenido por la conciencia proletaria.

Por eso se han suspendido las reuniones públicas y tomado otras medidas de seguridad, que poco a poco han ido convirtiendo a la nación en un cuartel inmenso y sombrío.

Si el movimiento estaba encaminado, como se ha dicho, a poner en orden la administración pública ¿por qué esa restricción a la libertad, fenómeno exclusiva y puramente espiritual?

¿Qué tiene que ver el pueblo con el mayor o menor aumento de burócratas que empobrecen las arcas fiscales, para que se adopten determinaciones en menoscabo de sus libertades?

Si era este un movimiento de "creación y no de reacción" ¿por qué se han barrenado bruscamente los compromisos de la civilidad, establecidos para diferenciar a la horda del país organizado?

¿Por qué se han aplicado medidas de coerción sin proceso previo y sin antecedentes justificados?

Estos hechos involucran un franco y evidente retroceso que todos los seres dignos no han vacilado en condenar.

Nó; no nos ofusquemos.

No es este un movimiento que vaya a corregir los abusos del parlamentarismo o a extirpar la corrupción de los partidos, sino que está encaminado a adormecer el nuevo concepto social que se gestaba en las multitudes, y era un peligro para la estabilidad de las instituciones sacrosantas.

¿Nos quedaremos por eso tranquilos, nos cruzaremos de brazos?

¿Qué podremos hacer para liberarnos, y no volver tampoco a caer en los moldes anticuados de nuestra política criolla?

Creemos que por ahora todos los esfuerzos de los hombres que piensan, y que no se conforman con parcelas de justicia ni con retazos de libertad, deben concurrir a desarrollar—lejos de la órbita de los partidos—el máximo de acción para coordinar el sentir de los que no tienen ligaduras con el pasado ni compromisos con el presente, a fin de crear la fuerza moral necesaria capaz de imponer una fórmula de convivencia humana basada en el acuerdo expontáneo y libre de las voluntades.

Para una obra así estaremos siempre dispuestos.

Eugenio González R.— Juan Gandulfo.— Carlos Caro.—Manuel Rojas.—Pablo Neruda.— Sergio Atria.—Julio E. Valiente.— Tomás Lago.

Precio: 40 centavos

mejores intenciones del mundo— ha venido a ser aprovechada por los altos jefes y, por intermedio de ellos, por los políticos valetudinarios de la Unión Nacional. Esto no nos importa mucho: hemos estado siempre contra las dos combinaciones que luchaban en el redondel del Parlamento, y no moveríamos un dedo para defender a la Alianza Liberal en desgracia; pero estaremos prontos a defender, como sea necesario, cualquiera tentativa que se pretenda hacer para conculcar las libertades conseguidas árduamente en un siglo de dificultosa evolución política. Dicen que la intromisión de los militares en el gobierno ha establecido un precedente peligroso; hay más aún: el gobierno militar es ya un peligro; si el excecrado parlamentarismo de ayer condujo al país al derrumbe financiero la aplaudida dictadura de hoy parece conducirlo a una crisis de la libertad cuyas proyecciones son todavía incalculables.

5.— La VERDADERA REVOLUCION

El concepto de revolución lleva envuelto el de renovación radical, de progreso, de perfeccionamiento. No hay revolución cuando se destruye un régimen y se reemplaza por otro peor, cuando se vuelve atrás. Lo que han hecho los militares está muy lejos de ser una revolución; es un simple pronunciamiento igual a esos que llenan la historia de la España moderna. En el mejor de los casos se reformarán algunas instituciones demasiado arcaicas o demasiado inmorales; aunque lo más probable— dado el personal que asesora a la Junta de Gobierno— es que el estatuto orgánico que se dicte sea más reaccionario y digno de censura que el que hasta hace poco tuvimos. Ya se insinúan, por ahí, procedimientos que permiten augurar el cariz de las futuras determinaciones gubernativas. Se habla con esperanza y optimismo de la Asamblea Constituyente que deberá organizar el Estado, y unos proponen que se haga a base de gremios, y otros, por elección popular.

Desde luego podemos adelantar una cosa; **y es que sea cual sea la forma en que elija esa Constituyente, su personal, nombrado directa o indirectamente por el poder dictatorial, obrará conforme a sus inspiraciones y dará a Chile una Constitución que en nada afecte los intereses de la oligarquía dominante y que por lo tanto, beneficiará en muy poco al elemento popular.** Contra esto hay que estar alerta porque acaso mañana las oportunidades propicias desaparezcan. Estimamos necesario constituir una corriente de opinión, extraña a las dos combinaciones políticas en lucha y de base eminentemente popular, capaz de influenciar y de imponerse. Los tímidos y los desencantados arguyen que nada puede intentarse para supeditar a la fuerza reaccionaria que domina en la actualidad. Conviene recordarle a los que así piensan, que la fuerza que ha producido las grandes renovaciones históricas han fluído siempre, generosa y fecúnda en las entrañas ardientes del pueblo.

El pueblo debe, alguna vez, proceder, sacudir el yugo de su atávica resignación, limpiarse el moho de servidumbre tradicional que le corroe la vida. Este es el verdadero momento para que actúe. No hay que escuchar las quejas falaces de los políticos destronados ni tampoco las promesas peregrinas de los militares entronizados. Los unos y los otros, sólo son servidores inconscientes o habilidosos de la oligarquía.

Nada se puede, en consecuencias, esperar de ellos.

EUGENIO GONZALEZ R.

Proyecciones del Movimiento Militar

El Estado tiene la pretensión de satisfacer las necesidades colectivas y amparar el progreso, respetando la libertad individual. Esto no es sino un engaño que los políticos han propagado y mantenido para poder justificar su existencia, ya sea actuando en el gobierno o en la oposición. El poder de todos los Estados es y será coercitivo, descansa y descansará siempre en las fuerzas armadas; para justificar la violencia que es su esencia, está la ley, escrita en los códigos o impuesta a golpes de sable en forma de nueva constitución.

Toda iniciativa individual o social que cristaliza en una idea o acción de beneficio colectivo o que viene a satisfacer necesidades imprescindibles de la sociedad, es aprovechada por el Estado, quien la apadrina a última hora y se dice su creador, siendo que— en verdad— ha sido hostil o ajeno a ella durante su gestación o desarrollo. Todos los descubrimientos científicos, todas las creaciones artísticas y todos los movimientos populares han nacido y se han desarrollado al margen de las instituciones estatales, estas se han apropiado de los frutos y los han emponzoñado con su contacto y— lejos de impulsarlos— los han debilitado o estagnado. Afirmar que el Estado ha creado algo, sería como asegurar que el zapato de madera ha dado nacimiento al pie de los chinos, cuando —en realidad— lo único que hace es martirizar, detener y deformar las estremidades de las mujeres que lo usan.

El progreso individual y social se produce a pesar del Estado, como se desarrolla el cuerpo de los niños a pesar de los trajes estrechos, los cuales —incapaces de detener la fuerza vital— se rompen o se descosen, necesitando de parches o remiendos. Así pasa con el Estado, cuando el pueblo progresa y ve claro la incapacidad o la corrupción gubernamental; entonces— para justificar la necesidad de la autoridad— se remienda el traje o se hace uno nuevo: cambia la combinación política que mangonea el poder, en el primer caso; suben al poder los militares o el clero, en el segundo. La situación para el pueblo es la misma, han variado únicamente las apariencias: hay siempre un amo que dispone de su vida, de sus intereses y de su libertad.

*

En todos los países del mundo está pasando, ha pasado o pasará lo mismo que en Chile: el Estado, cuyo poder vacilaba en manos de los civiles— que han llegado a la quinta esencia de la podredumbre en los asuntos administrativos— ha tratado de remozarse, de prestigiarse, dejando escalar el gobierno a los militares. Mientras estos chocan con los políticos se produce una crisis del Estado, que el pueblo podría aprovechar en su beneficio siempre que contara con la fuerza y decisión necesarias para subordinar a sus enemigos, debilitados por la lucha. Pero si esta ocasión pasa, los militares— después de algunas vacilaciones— sintiéndose incapaces para administrar la cosa pública— llaman a los políticos, los cuales se descocan por aparecer a su lado. (Sabemos que el político tiene todas las cualidades, incluso las del escremento que se adhiere a los tacos del que lo ha pisoteado). Desde el momento que los militares se unen a los políticos, el pueblo ha perdido toda posibilidad de beneficiarse: la crisis del Estado ha pasado y este se sentirá más fuerte en el futuro: se dictarán nuevas leyes y la opresión de los asalariados será mayor.

Vivimos ante esta amenaza tremenda, pues el ligero escollo que hoy dificulta el maridaje de los civiles y de los militares, desaparecerá en breve, ya que no se trata de un divorcio de fondo sino de forma; sólo divide una competencia por pequeños intereses que se subordinarán ante sus grandes intereses comunes si estos se ven amenazados al vacilar las institucions estatales básicas por la acción de un movimiento libertario iniciado por los productores. Esta posibilidad, aunque remota debido a la desorientación de las masas y a la ambición colaboracionista de los caudillos, puede cristalizar en bella realidad si la impulsa un grupo decidido y capacitado, pues las condiciones de la vida no variarán: los nuevos gobernantes tratarán con dureza a sus gobernados y tendrán dificultades personales inmensas que satisfacer a costa de los explotados; las persecuciones y las injusticias irán en aumento, paralelamente con el encarecimiento de la vida y el desarrollo vicioso de las contribuciones. Y todo el espléndido miraje con que hoy los militares —aconsejados por los viejos políticos que medran a la sombra de sus espadas—ilusionan el país, será en breve un desencanto más sumado a la infinita serie con que se ha engañado al pueblo hambriento de pan y libertad, por los que ingénua o habilidosamente aseguran que el Gobierno o la autoridad pueden satisfacer las necesidades colectivas y garantizar la libertad.

Frente a este peligro urge actuar en el sentido de orientar las energías dispersas en un solo haz que aune a los productores; esta fuerza nueva abteniéndose de su representación en cualquier asamblea constituyente— puede hacer propaganda y obrar directamente para abrir camino a nuestras aspiraciones libertarias.

Es preferible robustecerse manteniéndose al margen de la disputa de los constitucionalistas y fomentar— en cambio— las organizaciones o grupos que aspiran a la disolución del Estado. Esta actitud orientaría a los vacilantes y crearía una poderosa corriente para actuar en el futuro, sin dejar por el hecho de ser abstinente, de influenciar por acción refleja a todos los organismos del país.

J. GANDULFO.

LAS DICTADURAS FRACASAN

Poco tranquilizadoras para la estabilidad de las dictaduras son las noticias que nos llegan de Europa.

Primo de Rivera, que desde hace un año gobierna a España con poderes omnímodos, sin control ni oposición de ninguna especie, ha ido de fracaso en fracaso en su afán de regenerarla.

Incapaz para solucionar los innúmeros problemas de orden interno que se le presentan, sin haber mejorado en un ápice la administración pública o el bienestar del pueblo, como con tanto énfasis lo dijera el día que se apoderó del gobierno, ha sido también incompetente para llevar a término feliz la campaña de Marruecos, aventura torpe que está consumiendo las mejores energías y vitalidad del proletariado español. Para colmo, las rivalidades y ambiciones despertadas entre los jefes que componen el Directorio, se hacen cada vez más patentes y ostensibles.

En esta emergencia, todos los elementos civiles que ven un marcado peligro en que se prolongue semejante incertidumbre, se han unificado para presentar un solo frente de resistencia a la dictadura.

Personajes alejados de la política de ese país, como Blasco Ibáñez, si bien con fines de interés exclusivamente personal, están desarrollando una activa propaganda en contra del "régimen dictatorial" que tantos males ha causado a la cultura y prestigio de España.

No es prematuro, pues, adelantar que dentro de poco un nuevo orden de cosas se habrá impuesto y cambiado totalmente la estructura política de esa pobre y desventurada nación.

*

En Italia, algo parecido le ocurre a Mussolini.

Como se sabe, el prestigio de que este caudillo estaba revestido, ha ido disminuyendo desde el día aquel del crimen de lesa humanidad y grave error políto cometido en la persona de Matteoti, que tantas y justificadas protestas originó en los países del mundo civilizado.

Inútiles han sido todos los esfuerzos que ha hecho para rehabilitarse.

La ruda oposición que en su contra existe, aumenta a pesar de las medidas tomadas para contenerla.

El reciente Congreso del Partido Liberal, efectuado en Liorna, dejó claramente establecido que el "dictador" no podía ya contar con la cooperación que hasta ayer le había dispensado.

Y es así como, poco a poco, se han ido alejando de su lado los más significados elementos con que contaba para realizar los objetivos de su política, sedicente constructiva y progresista.

Por su parte, el Partido Comunista acaba de anunciar su franco y decidido propósito de intensificar la lucha contra el fascismo, de acuerdo con los demás grupos políticos que también lo resisten.

No es, como se vé, muy halagadora la situación del "duce" que tantas esperanzas hizo alimentar a los corifeos de la reacción.

ADRIANO

LIBRERIA
LA NOVELA ILUSTRADA
JOAQUIN ORTEGA
DELICIAS 787 SANTIAGO
Visítela: Abre hasta las 11 P. M.